

La tradición clásica en el pensamiento de Francisco García Calderón¹

Teodoro Hampe Martínez



En la presente aportación, quisiera ofrecer unas notas sobre el tema de la vigencia o permanente trascendencia de la cultura clásica grecorromana, haciendo especial referencia a las obras más conocidas, aunque básicamente juveniles o tempranas, de Francisco García Calderón Rey (1883-1953), el gran discípulo peruano de Rodó, a quien podemos considerar el confaloniero en la Universidad de San Marcos (y fuera de ella) de la “generación del novecientos”.

I. SOBRE LA TRADICIÓN CLÁSICA Y LA IDENTIDAD LATINA

Para empezar, será necesario hacer un deslinde de carácter histórico respecto a la noción de identidad o tradición latina. Cuando hablamos de la identidad latina en García Calderón, referimos básicamente a su concepción de “raza” común a los pueblos americanos que fueron antiguamente dominios de España, Portugal y Francia. Sin embargo, la tradición clásica en general es un concepto más amplio, que arranca del apogeo de las realizaciones culturales en el mundo antiguo de la Hélade y el Lacio.²

Por lo tanto, mi propósito será insertar el pensamiento de Francisco García Calderón dentro de esta dinámica más amplia, trazando las vinculaciones entre él y las primigenias manifestaciones sobre la identidad de América Latina, que se sitúan —como es sabido— hacia mediados del siglo XIX, durante la época de gobierno imperial de Napoleón III. Al hablar de tradición clásica, me parece oportuno recoger la definición que ha brindado el profesor

¹ Ponencia sustentada en el Hemiciclo “Raúl Porras Barrenechea” del Congreso de la República (Lima), el 4 de julio de 2001, dentro del coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano*.

² Cf. Teodoro HAMPE MARTÍNEZ: “La tradición clásica en el Perú virreinal: una visión de conjunto”, en *Clásica Boliviana. I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos*, ed. Andrés Eichmann Oehrli. La Paz: Universidad Nuestra Señora de la Paz & Unión Latina, 1999, pp. 137-138.

Wolfgang Haase (Tübingen/Boston), estudioso contemporáneo de origen alemán, quien explica dicho fenómeno como la relación continuada a través de los siglos que une la Antigüedad greco-latina con los diversos “presentes” del mundo occidental, en los cuales se perciben huellas de aquella trascendente cultura.³ En tal sentido, el problema de la tradición clásica se vincula con la llamada “historia de la recepción” o *Rezeptionsgeschichte*, cuyo sistema teórico y metodológico ha sido desarrollado, sobre todo, en tierras germánicas. Las nociones de tradición clásica y recepción de la Antigüedad se vuelven así intercambiables y refieren a una amplia gama de materias en los campos de la lengua, literatura, artes visuales, arquitectura, filosofía, mitología, valores, instituciones políticas, etc.

Lo clásico, que nació y se desarrolló en la cuenca mediterránea, llegó al Nuevo Mundo con los colonizadores ibéricos del siglo XVI y fue acogido en los distintos territorios de manera diversa, según la idiosincrasia de las respectivas sociedades indianas. Los rasgos característicos de este proceso han de ser estudiados si se quiere comprender la razón de las diferencias que se dan entre cada zona y conocer cabalmente el estado actual de la situación.

Sería ciertamente exagerado plantear que estamos hoy ante un resurgimiento del interés por lo clásico; más bien, diría que topamos con la constatación de que existe una permanente ligazón, incluso en nuestra postmodernidad del siglo XXI, con los lejanos orígenes y modelos de civilización desarrollados en la época antigua. Es evidente que, durante el período que va del coloniaje hasta la actualidad, la presencia de lo clásico se ha ido debilitando hasta perder el vigor necesario para operar activamente y producir frutos. Felizmente, en nuestros días se perfila –también en el Perú– un movimiento de revitalización incipiente, del cual quizá aún no se ha tomado conciencia. Paulatinamente vamos descubriendo que lo clásico no es algo accesorio, que su ausencia produce daños difícilmente mensurables y que, en un mundo donde todo deviene cada día más desechable, sólo lo clásico se yergue como “algo para siempre”.

Brindando un testimonio personal de esta inquietud académica y cultural, diré que la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos (entidad fundada en 1994) ha logrado una benevolente acogida en los medios locales. Y en representación de ella me tocó asistir, entre febrero y marzo de 2001, a un importante simposio internacional titulado *América Latina y lo clásico*, que se realizó en la ciudadela de Erice, Sicilia.⁴ Allí se planteó, justamente, que lo clásico sirve todavía hoy como un instrumento fundante y edificante, que ayuda a discernir lo sano y congruente y va acompañado de una larga experiencia (tradición) histórica y cultural. No hay que olvidar que muchas de las concepciones y complejidades de la llamada “aldea global” de la postmodernidad se hallan prefiguradas en un estado tan vasto, multiforme y pluriétnico como el Imperio Romano, y no pocas de esas complejidades fueron resueltas entonces con un sentido de equidad y respeto que hoy nos conmueven.⁵

³ Wolfgang HAASE: “America and the classical tradition: preface and introduction”, en *The Classical Tradition and the Americas*, eds. Wolfgang Haase y Meyer Reinhold, vol. I. Berlin/New York: Walter de Gruyter, 1994, p. v. La cita exacta es como sigue: “The ‘tradition’ of the classical in its two fold sense is the relationship, continuing throughout the centuries, between each respective ‘present’ and antiquity, a relationship determined at all times both by the conditions of each ‘present’ and by the circumstances of the past, and assuming greatly different forms according to time and place”.

⁴ Cf. HAMPE MARTÍNEZ: “América Latina y lo clásico”, en *El Comercio*, Lima, 23 de marzo de 2001, n° 83.794, p. A14.

⁵ Haciendo un balance de los logros y perspectivas en el referido certamen, Giuseppina GRAMMATICO (presidenta de la Sociedad Chilena de Estudios Clásicos) se ocupó de enfatizar la dimensión ética y estética de la *humanitas* clásica y su validez en nuestra vida del tercer milenio. Se hace indispensable, advirtió, recuperar los valores más importantes de la Antigüedad, rescatando las esencias del anhelo de gloria con Homero, de la magnificencia de la verdad con Platón, del poder de lo divino con Esquilo, de la opulencia de la naturaleza con Teócrito, de la grandeza y pequeñez de lo humano con Terencio, de la vehemencia de la pasión política con Cicerón... Véase “Proyecto de investigación multinacional: América Latina y lo clásico”, en *Boletín de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos* (Lima), n° 6, 2000, pp. 51-54.

2. ORNAMENTO RETÓRICO: LO CLÁSICO EN GARCÍA CALDERÓN

Desde luego que no se puede asignar a Francisco García Calderón la característica de haber seguido muy cercanamente los modelos o referentes del mundo clásico. No se trata de un Garcilaso Inca de la Vega (1539-1616), a quien se ha llamado el primer latino-americano de la historia, en el sentido estricto de la palabra; no es un escritor del Renacimiento que manejara directamente los parámetros de escritura y pensamiento de los viejos autores grecorromanos.⁶ Pero no faltan en sus obras algunas referencias, aunque sean meramente retóricas, nada más que recursos estilísticos, demostrando que a principios del siglo XX los intelectuales más jóvenes y brillantes de América Latina todavía respetaban grandemente el influjo de los clásicos.

Recordemos que García Calderón, aunque nacido por los azares del destino en Valparaíso, fue el discípulo más notable y predilecto de José Enrique Rodó (1871-1917) en los medios limeños. En su obra paradigmática de 1900, *Ariel*, el maestro uruguayo dirigió como un sermón laico a las nuevas generaciones. Su ideal para América era la conservación de las tradiciones clásicas, su ensueño o utopía “la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del helenismo”.⁷ Oponiendo a la utilitaria civilización anglosajona el viejo ideario latino, Rodó marcaba el camino para fundar la democracia auténtica y la libre selección de las capacidades.

En primer lugar, citaré del prólogo que Francisco García Calderón escribió en 1907 a su notable libro, *Le Pèrou contemporain*, una dedicatoria que lamentablemente se ha omitido en la nueva edición a cargo del Congreso del Perú.⁸ La dedicatoria es a su padre, el ilustre jurista y presidente de la República, Francisco García Calderón Landa (1834-1905):

A la gran memoria de mi padre,
el más dulce maestro de mi grave juventud,
yo dedico estas páginas de fe
sobre la patria de sus antepasados e hijos,
que defendió como espartano en la guerra,
que honró como ateniense en la paz.
“Indocti discant: ament meminisse pereti”.⁹

Vemos aquí que tanto la frase latina que cierra la dedicatoria como, sobre todo, las referencias a las virtudes bélicas de Esparta y las virtudes pacíficas de los atenienses, son alusiones directas al mundo cultural y político de la Antigüedad.¹⁰ Se aprecia claramente el valor modélico y la alta cua-

⁶ Cf. Claire y Jean-Marie PAILLER: “Une Amérique vraiment latine: pour une lecture ‘dumézilienne’ de l’Inca Garcilaso de la Vega”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (Paris), vol. 47, n° 1, 1992, pp. 207-235, y HAMPE MARTÍNEZ: “El renacentismo del Inca Garcilaso revisitado: los clásicos greco-latinos en su biblioteca y en su obra”, en *Bibliothèque d’Humanisme et Renaissance* (Genève), vol. 56, 1994, pp. 644-645. El apelativo de “primer latino-americano” corresponde a la interpretación de Juan Marichal.

⁷ FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN: *Obras escogidas*, vol. II. *La creación de un continente*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, pp. 113-114. Véase también José Luis ABELLÁN, ed.: *José Enrique Rodó*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1991 (Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina, vol. 14), pp. 19-22 y pp. 31-69, en que se reproduce el texto íntegro de *Ariel*.

⁸ GARCÍA CALDERÓN: *Obras escogidas*, vol. I. *El Perú contemporáneo*. Trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto. Prólogo de Francisco Tudela. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001. Esta obra de juventud ha merecido un penetrante análisis interpretativo, en el contexto de la evolución intelectual de García Calderón, a cargo de Pedro PLANAS: *El 900: balance y recuperación*. Lima: Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1994, pp. 63-69.

⁹ GARCÍA CALDERÓN: *El Perú contemporáneo*. Trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto. Prólogo y notas de Luis Alberro Sánchez. Lima: Banco Internacional del Perú, 1981 (Col. Reflexiones sobre el Perú), p. vii.

¹⁰ *Indocti discant: ament meminisse pereti*, a pesar de contener una forma inusual del participio del verbo *pereo* (perecer), se puede traducir literalmente como “Escuchen los ignorantes: amen acordarse de lo perecido”. Lo cual equivale a decir que, cuando ignoramos algo, es bueno recurrir a la historia. (Agradezco a la profesora Ana María Gispert Sauch por su gentil ayuda con esta frase latina.)

lidad retórica que los arielistas, como García Calderón, otorgaban al clasicismo. Pero, recorriendo las páginas de esa misma obra, no encontramos ninguna mención suplementaria, ni un atisbo de reflexión sobre cómo pudieran haber influido los referentes clásicos en la formación cultural peruana o en la disección que el autor hacía de nuestra sociedad.

Donde, sin embargo, se hallan alusiones más directas es en su celebrado libro de 1912, *Les démocraties latines de l'Amérique*, aparecido también en francés y en París (con prólogo de Raymond Poincaré, primer ministro y luego presidente de la República Francesa). Como bien sabemos, esta obra está planteada desde el propio título como una contestación –aunque tardía– a *De la démocratie en Amérique*, libro que entre 1835 y 1840 había publicado Alexis de Tocqueville (1805-1859), el analista político francés, alabando las virtudes de la emancipación de las colonias inglesas en Norteamérica y la marcha del sistema republicano en los Estados Unidos.¹¹ Evidentemente, al referir en su texto a América, el escritor francés estaba pensando solamente en el gran país del Norte, dejando en un plano secundario a la otra América, situada al sur del río Bravo, que había experimentado la dominación española y portuguesa y estaba todavía formando sus Estados nacionales, en medio de graves tropelías y desajustes fiscales.

Francisco García Calderón toma la pluma para escribir contra esa negligencia, ignorancia o “ninguneo” de la América meridional, aquella porción del continente que –según el visionario planteamiento de Bolívar– debía unirse en un frente común, sumando esfuerzos para escapar a la previsible hegemonía del poderoso vecino del Norte.¹² Ya se deja entender que nuestro pensador formulará, como prototipo de su ambiente intelectual, una disensión entre la herencia sajona y la herencia latina del Nuevo Mundo. Para esto recogeré el libro VI de su obra mencionada, que se titula *El espíritu latino y los peligros alemán, norteamericano y japonés*, donde García Calderón esboza la esencia de lo que comprende por cultura o tradición latina, advirtiendo al mismo tiempo sobre los peligros de la injerencia extranjera, que pudiera provenir de Berlín, Washington o Tokio.¹³

No encuentro en nuestro autor, siendo un analista tan profundo y tan buen conocedor de la literatura de su época, mayores trazas acerca de quiénes habían iniciado esa corriente de entendimiento sobre el carácter latino de América. Este punto merece una reflexión algo pausada, si queremos situar históricamente el contexto en el cual empieza a darse el término de *América Latina*, nombre que hoy todos usamos más o menos libremente, pero que encerró una gran novedad en su momento inicial. Hay que referir la coyuntura y las condiciones propias que se dieron para que el conjunto de antiguos dominios españoles y portugueses en el Nuevo Mundo (así como también los franceses) pasaran a ser integrados bajo esta novedosa denominación. No se hablará más de Hispanoamérica, ni de Iberoamérica, ni del mundo hispánico como una globalidad; a partir de la década de 1850 se preferirá hablar, más bien, de América Latina.¹⁴

Ello, evidentemente, representa un descentramiento respecto a los ejes que habían marcado la pauta de la vida política y cultural en nuestro continente. Desterrar los términos antes mencionados significaba potenciar los elementos que eran comunes –siquiera remotamente– a nuestros países y el mundo mediterráneo; esto es, el ámbito donde habían señoreado los romanos a principios de la

¹¹ Cf. Alexis de TOCQUEVILLE: *La democracia en América*. Edición crítica preparada y traducida por Eduardo Nolla. Madrid: Aguilar, 1990. 2 vols. (Col. Aguilar mayor). Véase también el estudio biográfico-político de James T. SCHLEIFER: *Cómo nació “La democracia en América” de Tocqueville*. Trad. de Rodrigo Ruza. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1984.

¹² GARCÍA CALDERÓN trata los problemas de la unificación o integración latinoamericana durante el siglo XIX, en *La creación de un continente*, op. cit. [7], lib. I, “La unificación”, p. 59 y ss. Véase también HAMPE MARTÍNEZ: “Integración latinoamericana: proyectos y realizaciones a través de la historia”, en *Festivales ALATU (Lima, 1982-1983). Síntesis informativa*, ed. Jorge Capella Riera (Lima: Asociación Latinoamericana de Teleducación Universitaria, 1983), pp. 10-11.

¹³ GARCÍA CALDERÓN: *Obras escogidas*, vol. III. *Las democracias latinas de América*. Trad. de Ana María Juilliand. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, pp. 285-337.

¹⁴ Cf. Miguel ROJAS MIX: *Los cien nombres de América; eso que descubrió Colón*. San José, CR: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991 (Col. Identidad cultural), p. 357 y ss.

era cristiana y donde, por extensión, se había dado la vigencia de la civilización latina. Entonces, ya que Roma era la urbe desde la cual se extendió la dominación del Imperio hacia el resto de la Península Itálica, hacia Francia, hacia España, hacia Portugal y hacia otros lugares del Viejo Mundo, nuestra vinculación matriz venía a darse por este lado. Y así, pues, el núcleo esencial no debía ser más Madrid o Lisboa, sino la capital surgida de la revolución burguesa: París, evidentemente.¹⁵

Por lo tanto, hablar de América Latina en aquellos momentos implica señalar que la pauta de referencia cultural se hallaba en Francia. La mitad del siglo XIX es, precisamente, la época de mayor vigencia de la lengua y cultura francesa entre nosotros, cuando impera el romanticismo; los modelos literarios, estéticos, culinarios, espirituales, provienen de París, y el sueño dorado de cualquier intelectual que se precie es ir a codearse con los grandes maestros en la metrópoli del Sena. En este contexto, hay que mencionar concretamente la intervención de dos personajes: el chileno Francisco Bilbao (1823-1865) y el colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889), a quienes se reconoce como los iniciadores de la corriente ideológica que vincula a América con el “panlatinismo”, el ancho mundo de la latinidad.¹⁶

No hay espacio aquí para entrar en detalles muy puntuales, por lo cual remito de preferencia a la excelente contribución que ha ofrecido Miguel Rojas Mix (1934), profesor chileno afincado en París, en su libro *Los cien nombres de América*.¹⁷ Señalemos, con todo, que la investigación comprueba que fue en el mismo año 1856, y con diferencia de sólo unos cuantos meses, que ambos intelectuales –residentes en la Ciudad Luz– se hicieron precursores voceros del latinoamericanismo. Bilbao usó el gentilicio “latinoamericano” en una conferencia sobre *Iniciativa de la América*, ofrecida el 24 de junio (antiguamente Día del Indio) ante un grupo de compatriotas reunidos en la capital francesa. Por su parte, Torres Caicedo, quien luego ganaría fama como acérrimo defensor del término “América Latina”, a pesar de las negativas circunstancias de la intervención napoleónica en México, dio la nota más clara al escribir en su poema *Las dos Américas*, fechado en París el 26 de septiembre de 1856:

La raza de la América latina
Al frente tiene la sajona raza,
Enemiga mortal que ya amenaza
Su libertad destruir y su pendón.¹⁸

3. CARÁCTER Y PERSPECTIVAS DEL LATINISMO EN AMÉRICA

Así es que, sin denotar explícitamente los orígenes de su pensamiento, Francisco García Calderón señalará las diferencias sustanciales entre las dos Américas, levantando inclusive una barrera para salvaguardar la identidad de los americanos al sur del río Bravo. Dice a la letra en *Les démocraties latines de l'Amérique*: “Entre sajones y latinos se percibe claramente el contraste de dos cul-

¹⁵ Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la impronta o hegemonía cultural francesa desembocó, políticamente hablando, en la agresión imperialista contra México y la instalación de Maximiliano de Austria en el trono de ese país. Cf. al respecto Jorge BASADRE: *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. 7.ª ed. Lima: Editorial Universitaria, 1983, vol. 4, cap. XXXI, “La política de nacionalismo continental entre 1856 y 1862”, p. 109 y ss.

¹⁶ Es pertinente mencionar aquí la conferencia de David SOBREVILLA: “Filosofía y política: el caso de Francisco Bilbao en el Perú”, brindada el 13 de junio de 2001 en el Congreso de la República (Lima). Debe recordarse que el pensador chileno, antes de viajar a París y postular el término de América Latina, había pasado unos años como desterrado político en Lima.

¹⁷ ROJAS MIX, *Los cien nombres de América*, op. cit. [14], s.v. “Bilbao y el hallazgo de América Latina”, pp. 343-356.

¹⁸ Arturo ARDAO: *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980 (Col. Enrique Bernardo Núñez, vol. 3), p. 103.

turas. Los americanos del Sur se creen latinos de raza, como sus hermanos geográficos del Norte son los retoños lejanos de peregrinos anglosajones”.¹⁹ Cuando hace referencia García Calderón a la raza, y así lo ha señalado correctamente el historiador peruano Augusto Ruiz Zevallos (1960), no está marcando una pauta desde el punto de vista biológico o de pigmentación, sino echando mano de un concepto más amplio –también más etéreo, por cierto–, que tiene que ver con la complejidad de elementos de tradición, cultura, lengua, religión, identidad colectiva.²⁰

Continuemos con algunas ideas suplementarias del autor, en su obra recién citada. Refiere que en el siglo XIX, luego de la ruptura del vínculo colonial, han venido numerosos migrantes a poblar tanto la América del Norte como la del Sur y se ha producido, en consecuencia, una mezcla racial. Sin embargo, este fenómeno no impide que permanezcan dos herencias bien marcadas:

Esta confusión de razas de Norte a Sur deja en presencia dos tradiciones: la anglosajona y la iberolatina. Su fuerza de asimilación transforma las razas nuevas. Los ingleses y los españoles desaparecen; sólo subsisten las dos herencias morales. Fácilmente se descubre esta tradición latina en los americanos del Sur. Ellos no son exclusivamente españoles o portugueses. Al legado recibido de España se han unido tenaces influencias originarias de Francia y de Italia. De México al Plata, las leyes romanas, el catolicismo, las ideas francesas, por una acción vasta y secular, han dado aspectos uniformes a la conciencia americana.²¹

Es interesante la mención de esos tres elementos fundamentales, que dan cohesión profunda a la espiritualidad de las naciones latinoamericanas. ¿Qué es lo que mantiene la tradición, garantizando la vinculación de los pueblos en esta enorme superficie que va desde México hasta la cuenca del Plata? Pues las leyes de origen romano, que se trasladaron a través de la colonización hispánica; el catolicismo, que acompañó cual agregado indisoluble la empresa de los conquistadores; y un elemento adicional, las ideas francesas del racionalismo y de la Ilustración, que penetran con los Borbones a partir del siglo XVIII.²² La consideración tan nuclear del aporte francés me parece un hecho clave, pues se relaciona con el argumento de que la tradición clásica o latinismo de América pasa por el tamiz, el conducto de Francia. La cita que sigue es por demás clara:

Al agregarse a estas influencias, las ideas francesas preparan primero y gobiernan luego los espíritus americanos desde la época de la Independencia hasta nuestros días. [...] Así se ha formado en el continente americano una corriente general de pensamiento que no es sólo ibérica, sino francesa y romana. Francia ha realizado la conquista espiritual de nuestras democracias y ha creado en ellas una variedad del espíritu latino. Esta alma latina no es una realidad aparte: está formada de caracteres comunes a todos los pueblos mediterráneos.²³

¹⁹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, op. cit. [13], p. 287.

²⁰ Augusto RUIZ ZEVALLOS: “Francisco García Calderón: las ideas y el contexto”. Ponencia sustentada el 4 de julio de 2001, en el Congreso de la República (Lima), dentro del coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano*. Dice el citado autor: “Es obvio que la idea de raza de Francisco García Calderón no se inspira en las teorías que tratan de justificar la explotación de los blancos y *mistas* sobre los indígenas, pero no podríamos negar que en ciertos casos su idea de raza sirve para fines políticamente jerarquizantes, y por ello mismo es conservadora. [...] No hay que olvidar que en los tiempos de García Calderón las clases altas se referían a los indios, negros y mestizos como razas inferiores. Y son estas clases a las que él se dirige; por ello cuando en algún momento habla de raza inferior –la raza india– aclara de inmediato que su inferioridad se debe a los efectos de la Conquista y al servilismo a que están sometidos. En otros párrafos habla del factor negativo de indios y mestizos en la ansiada modernización de los países latinoamericanos; pero en ambos casos hay una alusión a las costumbres, más que a la constitución biológica. En esta idea hay una ecuación entre raza y etnia. [...] Teniendo en cuenta estas ideas, antes que racismo en García Calderón, es más propio hablar de racismo”.

²¹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, op. cit. [13], p. 288.

²² Sobre el tema de la influencia francesa en la época de la Ilustración, véase la recopilación de ensayos dirigida por Bernard LAVALLÉ: *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières: tradition, innovation, représentations*. Paris: Centre National de la Recherche Scientifique, 1987 (Coll. de la Maison des Pays Ibériques, vol. 32), y especialmente los artículos de Joseph PÉREZ: “Tradition et innovation dans l'Amérique des Bourbons”, pp. 237-246, y Jean-Pierre CLÉMENT: “L'apparition de la presse périodique en Amérique espagnole: les cas du *Mercurio Peruano*”, pp. 273-286.

²³ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, op. cit. [13], pp. 290-291.

Por último, García Calderón observa críticamente los rasgos de carácter de origen mediterráneo, que nutren el espíritu y marcan el color de las democracias existentes en América del Sur. Se trata de unas democracias realmente endebles, afectadas por la inestabilidad política, los frecuentes cambios de Constitución y los repetidos golpes de Estado. En nuestros países el panorama es radicalmente distinto al que prima en América del Norte; en las repúblicas y sociedades del ámbito meridional campea un latinismo inferior, el espíritu romano de la fase de decadencia, con abundancia verbal, retórica ampulosa, énfasis oratorio...²⁴ Al igual que en la vieja Hispania que fuera nuestra “madre patria”, los defectos de la civilización latina decadente se reflejan en la vida americana.

Nuestras repúblicas latinas del hemisferio occidental no quedan, pues, al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias en la “raza” mediterránea. Sin embargo, aunque reconoce esta condición congénita inferior, plagada de defectos consustanciales a la herencia latina, García Calderón postula firmemente que debe mantenerse la barrera frente a la vertiente anglosajona, por considerarla enemiga de nuestro espíritu y tradición:

Este espíritu de una América nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente, pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Allí donde los yanquis y los latinoamericanos se ponen en contacto, se observan mejor las contradicciones insolubles que separan a los unos de los otros. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición y el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles.²⁵

* * *

La fe encendida de nuestro autor en la vitalidad, las energías positivas de un continente joven como América Latina, se ve idealmente expuesta en la parte conclusiva de su libro *La creación de un continente*, publicado en 1913 en París (aunque escrito en castellano). Incitado por los planteamientos racistas de Gustave Le Bon (1841-1931), el arielista peruano declara que las “índoles neutras” de los mestizos, indios y negros retardan los esfuerzos en pro de una transformación y modernización radical; pero confía, en última instancia, que llevará la delantera el influjo movilizador de los inmigrantes de origen europeo. Llega a escribir, con pleno entusiasmo, que 70 millones de hombres (y mujeres) se suman desde el Nuevo Mundo a la civilización latina, y destaca la aparición de una nueva urbe millonaria, Buenos Aires, que prolonga e imita desde sus palacios de mármol los modelos de procedencia parisina.²⁶

Desde el punto de vista de la tradición clásica, viabilizada por el conducto de Francia, una de las frases más sugestivas y contundentes de Francisco García Calderón es esta: “Un gran entusiasmo empuja al continente hacia nuevos Dorados donde buscan modernos conquistadores el secreto del arte propio. No les satisfacen el prestigio de Tiro, el poder de Cartago: ambicionan —¿y no los redime este empeño de la mediocridad?— la gloria de Atenas, la supremacía de Francia”.²⁷ Esto quiere decir que los pujantes pobladores de América Latina no se satisfacen con algunas notas resallantes pero intermedias en la evolución del mundo occidental; ellos aspiran a lo mejor del Viejo

²⁴ En América Latina, “la necesidad de formas representativas y fundamentos espirituales es tan grande, que proliferan los monumentos, los epítetos, las personalidades prestigiosas, las placas recordatorias, los diplomas, los discursos”, según escribe Ciro ALEGRÍA VARONA: “Los estudios clásicos y las necesidades culturales en Latinoamérica”, en *Boletín de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos* (Lima), n° 4, 1998, p. 6.

²⁵ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, op. cit. [13], p. 292.

²⁶ Cf. GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, op. cit. [7], pp. 203-204 y 208-209.

²⁷ *Ibidem*, p. 210. Si bien se menciona en el intitulado del cap. 6, “Francisco García Calderón: la tradición latina”, el problema de los orígenes de la latinidad en América es tratado sólo sumariamente en el libro de Karen SANDERS: *Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú & Fondo de Cultura Económica, 1997 (Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, n° 160), p. 243 y ss.

Mundo, buscan remedar los modelos y símbolos más excelsos del clasicismo, por ser una de las esperanzas más grandes de la estirpe latina. ¡Notable profesión de fe y aliento de victoria indesmayable!

Tal es, en definitiva, la posición que mantiene el joven intelectual arielista formado en la Universidad de San Marcos. Lo que prevalece, en el fondo, es como una barrera imaginaria entre la civilización anglosajona y la herencia románica, una valla infranqueable que Francisco García Calderón construye y defiende antes de la Primera Guerra Mundial, apelando a esa larga vertiente de tradición clásica y a los sentimientos de identidad latina que hemos mencionado. Así queda establecida, pues, la peculiaridad de muchas de las sociedades y repúblicas del Nuevo Mundo, a las cuales nuestro autor titula “las democracias latinas de América”, haciendo un sagaz juego con las palabras. Sin embargo, es sabido que su posición ideológica cambiará a partir de la Gran Guerra, con la participación activa de las tropas norteamericanas y la propagación de los “catorce puntos” del presidente Woodrow Wilson (que dieron al traste con las amenazantes pretensiones de Berlín y Tokio). Desde entonces, García Calderón pasará a ser un fiel defensor de la tendencia panamericanista, en apoyo de la integración global del hemisferio occidental, tal como se manifiesta en su optimista folleto *El wilsonismo*, de 1920.²⁸

Pensamos que esa modificación en sus concepciones, al tomar distancia respecto a las barreras protectoras del latinismo que originalmente había planteado, sería una de las razones para el acentuado decaimiento en la figura y la vigencia de Francisco García Calderón. Lo evidente es que las tempranas luces de su pensamiento, su alineación con *Ariel* y su defensa de la “raza latina”, cayeron en una suerte de gran olvido, del cual solamente ahora –casi medio siglo después de su fallecimiento– intentamos rescatarlo.

²⁸ Cf. Luis Alberto SÁNCHEZ: “Prólogo” a Francisco García Calderón, *El Perú contemporáneo*, op. cit. [9], p. xix.